

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

# LO QUE LA IGLESIA SI HA DICHO

**V**ARIOS lectores, a propósito de un libro publicado en España sobre el Concilio, escrito por un excelente sacerdote muy conservador, se han planteado un tema de gran actualidad, que se puede sintetizar en cuatro palabras: ¿qué es ser católico?

Porque a fuerza de discusiones entre quienes interpretan diferentemente el Concilio; y de posturas divergentes entre cristianos, por otro lado ejemplares, hay quien se confunde o se desorienta.

La razón es muy simple: no saben bien qué es ser católico. Y fácilmente se creen en el deber de criticar a quienes no piensan como ellos, estigmatizándolos de herejes, o de heterodoxos por lo menos.

En este panorama vivimos principalmente en nuestro país, ya que en seguida nos encontramos con alguien que lleva tan al extremo sus rutinas de pensar, que fácilmente las convierte en verdades inconcusas.

Quiénes así discurren debían hacer un profundo examen de conciencia, dirigidos por esta dura observación de San Cipriano: «La costumbre sin la verdad, no es más que la vejez del error» (Epístola 74). Frase que dos Papas posteriores, sin duda algo más cuidadosos que nuestros integristas religiosos, hicieron suya ya en aquellos remotos tiempos del cristianismo recién estrenado en el mundo.

El cristianismo no tiene más norma que la enseñanza del Evangelio; y en él «el Señor dijo: Yo soy la verdad; pero no afirmé, yo soy la rutina» (San Cipriano, Ep. 87).

Lo católico, bajo otro aspecto, es también —como su nombre lo dice— lo universal. El Evangelio es para todos los hombres y todos los tiempos: no es para los progresistas de 1967, ni para los retrógrados del siglo XIX (que todavía perduran hoy). Es algo que tiene una medida amplia, universal; que no se queda cíclicamente encasillado en la estrecha mente de un sólo hombre, o de un grupo de hombres, por religiosos que sean.

Es lo que definía otro escritor de los primeros siglos —San Vicente de Lerins— en forma bien expresiva y clara: «lo que se ha creído en todo lugar, por todos y siempre; esto es lo propio y verdaderamente católico», (Comonitorio, cap. II n. 5; siglo V).

No es lo católico lo que creemos los españoles tradicionales, ni los holandeses progresistas, ni los prácticos anglo-sajones; ni tampoco lo que pensaron los teólogos recientes latinos en sus manuales anticuados; ni menos lo que acepta el pueblo ignorante. Es la creencia esencial común a todos ellos; es lo universal, porque «el catolicismo consiste esencialmente en la liberación de todo particularismo», (Padre Tyszkiewicz, S. J., Le sainteté de l'Eglise).

Eso es, y no otra cosa, como dijo Bossuet, el clásico teólogo francés: porque «lo adecuado en el católico... es preferir el sentimiento común de toda la Iglesia, al suyo propio». Pero cuando este sentimiento no existe: no hay porque crearlo falsamente, ni imponerlo.

**D**IVERGENCIAS tiene que haber, por tanto, desde el momento que hay hombres. Lo mismo que tienen que existir discusiones —que hoy llamamos diálogo—, pero sin irrogarse nadie —ni clérigo ni laico— exclusiva alguna de poder.

Incluso puede haber en la Iglesia —aunque a veces sea una desgracia— conservadores y progresivos, como señaló el Papa Pablo VI en sus declaraciones al *Corriere de la Sera* en pleno Concilio, aceptando, sin remilgo alguno, estas diferencias de orientación entre católicos.

¿Por qué entonces hemos de ser más papistas que el Papa?

¿Se puede decir en serio —como se pretende en ese libro— que estas divergencias son por falta de estudio, conocimiento y formación en la filosofía tomista, que es la recomendada por la Iglesia?

No; queridos lectores inquietos por las aguas removidas en la época post-conciliar. El Concilio mismo —a diferencia de los Papas anteriores— no ha impuesto expresamente la filosofía de Santo Tomás, ni la de ningún otro escritor eclesiástico, en particular. Al contrario, el Concilio lo que recomienda es que no nos quedemos anclados en ninguna época anterior, sino

que tengamos «en cuenta las investigaciones filosóficas de la Edad Moderna, particularmente aquellas que ejercen mayor influjo en la propia nación y los últimos progresos de la Ciencia». No habla otra cosa de filosofía; y si habla el Concilio de Santo Tomás nunca es para imponer sus ideas filosóficas, sino para recomendar su actitud teológica, que es otra cosa muy distinta. Eso es lo que ya hace muchos años distinguió admirablemente nuestro moderado Menéndez y Pelayo, que se sintió libre de ataduras a pesar de que el Papa León XIII recomendó el pensamiento de este santo.

La historia del catolicismo es ilustrativa, porque muestra las claras divergencias de pensamiento que hubo. El franciscano Beato D. Escoto contradijo al dominico Tomás de Aquino. Como antes se habían opuesto San Jerónimo a San Agustín, y San Pablo a San Bernabé.

O —cosa mucho más importante— como el Apóstol San Pablo contradijo al primer Papa que hubo en este mundo, San Pedro, según cuenta aquél en su primera epístola a los Galates, confesando que «cuando vino Pedro a Antioquía, abiertamente me le opuse, pues era digno de represión».

Los Papas —salvo el caso excepcional de infalibilidad— pueden equivocarse; porque no son magos de la verdad ni conductores totalitarios del pueblo cristiano.

¿No fue Santa Catalina de Sena quien amonestó al Papa Gregorio XI por su desacierto al afincarse en Aviñón, en vez de estar en Roma? ¿No escribió un libro San Bernardo amonestando con dura palabra al Papa Eugenio III? ¿Y San Ireneo al Papa Víctor por pretender excomulgar a los Obispos de Asia Menor?

Y no se piense que esta corrección fraterna la ejercieran por ser santos; sino —como exigía Santo Tomás en su Suma Teológica que debían hacer hasta los pecadores con sus superiores— lo debían hacer por el mero hecho de tener «sano juicio», independientemente de su santidad personal.

Y, sin embargo, no por eso dice nadie que en la Iglesia deba reinar el caos ni la anarquía, porque hay uno —el Papa— que debe presidir con amor la comunidad de los creyentes. Pero —como recuerda Guitton a Pablo VI en sus diálogos con él— es verdad —y no se puede ocultar— que públicamente, en cualquier banquete incluso, «brindaría primero por la conciencia y después por el Papa». Y es curioso que esta frase que al Papa le parece natural, al citarla yo en un artículo del período conciliar, produjo alarma en algunos conservadores.

**N**O se puede, por lo tanto, traer a relucir indiscriminadamente textos pontificios para obligar a los demás a aceptarlos ciegamente.

No; eso no sería católico, porque iría contra la enseñanza clara de la Iglesia.

Juan XXIII cuando le hicieron Papa —él que había visto los excesos verbales de Pio XII— bien claro pidió que no se transcribieran sus discursos enteros, pues eran palabras de circunstancias sin más valor. Hoy, sin embargo, olvidamos esta acertada aclaración del Papa Roncalli.

Si los textos de los Papas los sacásemos a relucir solamente para apoyar la licitud de una determinada opinión, sería explicable. Pero **SIGUE**





NADA DEJA HUELLA SOBRE

**RAILITE®**

LAMINADO PLÁSTICO DECORATIVO



una perfecta superficie, que hace posible estrenar los muebles cada día



## LO QUE LA IGLESIA SI HA DICHO

presentados sin matizar, ni con la cuidadosa valoración que requieren; y soltarlos como impactos de ametralladora para imponer una determinada doctrina o juicio, no es científico; resulta, incluso, poco serio.

La teología más elemental dice que el Papa sólo enseña como tal a todo católico cuando se dirige a toda la Iglesia; no cuando se dirige a un grupo particular de visitantes. Y que un discurso circunstancial, como los que pronuncia todos los miércoles, no es lo mismo que una encíclica como la *Populorum Progressio*.

Y, aun así, «por estar las encíclicas tan cerca de los hechos contingentes, aparece claramente cuán absurdo sería buscar una solución definitiva, directamente aplicable a cualquier problema y a cualquier tiempo» (C. van Gestel, O. P., Introducción a la Doctrina Social de la Iglesia). Por eso «las encíclicas no nos eximen de pensar personalmente; exigen de nosotros no el fetichismo de la letra, sino la fidelidad a su inspiración» (idem).

El asentimiento a estos documentos, o discursos, no-infalibles, debe, además, ser proporcionado al grado de obligatoriedad que tienen; y si las encíclicas deben analizarse con cuidado y mesura, ¿cuánto más la mayoría de los discursos que no pretenden esa trascendencia? ¿Por qué entonces citarlos como si fuesen palabras de la Biblia, sin distinción alguna?

Respeto, sí; pero asentimiento prudente, como exigen los teólogos, porque «el Papa, en las enseñanzas no-infalibles (que son las de las encíclicas y discursos) no pretende imponer una doctrina como verdadera o falsa, cierta o errónea, sino como segura o no segura», según dicen los cardenales Billot y Franzelin.

Tampoco se puede decir —como si fuese opinión obligada— que las revelaciones privadas como las del Sagrado Corazón a Santa Margarita de Paray-Le-Monial, o las de la Virgen de Fátima, sean creíbles de fe divina, cuando la opinión común de los teólogos es que siempre son de mera fe humana. Hasta un Papa tan rígido como San Pío X —tan de la devoción del integrista religioso— asegura que la Santa Sede no interviene para obligar a creer ninguna revelación privada, sino que «se limita únicamente a permitir que se crean piadosamente, con mera fe humana» (Encíclica Pascendi).

Y, ¿por qué —ya que tanto se alaba a los santos y su doctrina— no acudir a nuestro español San Juan de la Cruz que mantiene la drástica tesis, en su «Subida al Monte Carmelo» (Libro 2.º), que se deben rechazar todas las apariciones, sean falsas o verdaderas, que deben ser consideradas como peligrosas tentaciones, y que no se debe hacer caso de ellas?

**D**el respeto a la autoridad no puede ni debe degenerar en una idolatría; la devoción al Papa no es admisible que se convierta en «una idolatría del Papado», como la que existía en algunos medios católicos en el siglo XIX, al decir del arzobispo de Reims (R. Aubert, Le pontificat de Pie IX).

Tampoco podemos aceptar «la concepción integrista de las cosas (que) nunca quiere sobrepasar la teología de las encíclicas» (Padre A. Tardard, A. A.; A la rencontre du protestantisme, 1954).

Ni creemos que «nadie tiene derecho a introducir como verdad de fe, ni como ley obligatoria para todos los católicos lo que la Iglesia no ha juzgado pertinente imponerles»; porque la Iglesia, no queramos ocultarlo, «deja un amplio margen de libertad a las escuelas de pensamiento en lo que se refiere a la fe» (Monseñor Feltin, arzobispo de París). Las diferencias de pensamiento entre un progresista del siglo XV como el cardenal De Cusa, o un retrógrado como el cardenal Torquemada; entre la anticuada neoescolástica del siglo pasado, y la cada vez más actual escuela de Tubinga de Möhler de ese mismo siglo, son perfectamente admisibles. Como acertadamente observa Küng, el perito conciliar, «¿cuántas diferencias en la única Iglesia!», que para él son legítimas, por supuesto.

Diferencias y disputas, sí; pero buscando siempre, en medio de tantos conceptos distintos, un mismo espíritu, como pedía el Apóstol Pablo a los de Filipo en su tiempo. Y —en medio de la confusión reinante— acogerse al Evangelio como solución tal y como pedía a los universitarios en 1927, el Papa Pío XI: «No sólo porque Jesús relata en él lo que ha hecho y dicho; sino porque contiene lo que él quiso que nos fuese legado como necesario para nuestra instrucción y perfeccionamiento».

Eso es lo que orientará, en nuestra época, al que no tiene tiempo de leerse tanto discurso y documento eclesialístico como los conservadores manejan; y, sobre todo, carece del tiempo necesario para valorar frases dichas en momentos tan difíciles, y con intenciones muy distintas a las que ellos quieren hacer ver en muchas ocasiones.

E. M. M.

# Terlenka® proclama la libertad de moda



TERLENKA le da la mayor posibilidad de elegir su nuevo pantalón. Claro u oscuro, liso o a cuadros. Elija libremente dentro de la elegancia TERLENKA.